



## Lo Que Sucedió Cuando Dos Jueces Se Enfrentaron

por Doctor Walter Lewis Wilson

*“Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo”. II Corintios 5:10*

Sonó el teléfono de mi clínica un día y al contestar la llamada, una voz de mujer me saludó y en seguida me preguntó: “¿Puede usted disponer de tiempo mañana para una entrevista con mi padre en el Hotel Tal y Tal? Él vive aquí conmigo en el campo fuera de la ciudad y llegaría por camioneta si usted tuviera la bondad de permitirle un poco de su tiempo. Está muy apenado y desea hablarle a usted de un asunto de mucha importancia. Por ser ancianito y muy débil siento que no tiene fuerzas para esperar en su clínica”.

Me pareció que la llamada era de parte de Dios, y por lo tanto me dio gusto contestarle que tendría el placer de juntarme con su padre a cualquiera hora que le conviniera. “Las dos de la tarde le sería muy bueno”, me contestó y en eso convenimos.

Al día siguiente llegué al hotel y encontré un simpático, ancianito con pelo cano, larga barba blanca y cejas espesas, sentado en la sala de espera. Me acerqué a él y le pregunté si estaba esperando a alguien y me dijo que sí; que estaba esperando a un doctor que se había ofrecido juntarse con él a las 14 horas. Después de saludarnos, dispusimos subir al entresuelo donde podríamos estar a solas para platicar.

Una vez sentado, él me dijo: “Yo soy el Juez Fulano de tal. Durante muchos años he sido juez de primera instancia en un pueblo cerca de la Ciudad de Kansas. Soy un anciano como usted se da cuenta. Durante muchos años he sentenciado a muchos reos a la penitenciaría, porque han vivido mal. No me he preocupado de mis muchos pecados. He venido a ver, Doctor, si hay algún remedio para un aciano, viejo que ha malgastado su vida en las bagatelas de este mundo, sin conocimiento y sin temor a Dios”.

Luego me di cuenta de que me estaba hablando a quien había pasado su vida sirviendo a la humanidad, gozándose de bendiciones materiales de Dios, sin haber sido conmovido por su misma bondad. No me costó comprender que el juez no estaba jugando. Estaba hablando en serio. Cosas muy serias le tenían preocupado. Se encontraba cara a cara con la muerte y sabía que después de ella le esperaba el juicio tal como nos asegura Hebreos 9:27. El que había juzgado a otros se estaba dando cuenta de que pronto a él le tocaría ser juzgado. Sabía bien que su hoja de servicios estaba manchada de pecados de todas clases y tenía presente que no hubo quien se presentaría en su defensa en el tribunal supremo, y ningún mérito propio le podría disculpar ante el Juez Supremo. Sentía que su caso era desesperado.

Abriendo mi Biblia, le leía las palabras maravillosas de Juan 5:24; “de cierto, de cierto os digo; ‘Él que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no viene a juicio, mas ha pasado de muerte a vida’”. El juez se puso muy atento. Se le despertó de una vez su interés y me dijo: “Yo nunca he oído estas palabras. ¿Qué significan? ¿Sería posible que un hombre pecador escapase el juicio?”

El ancianito era conocedor de juicios, tribunales, procesos, testimonios, pruebas y alegatos. Durante años él había vivido oyendo y presenciando todo ello. Era el juicio final lo que él temía y deseaba escapar. Estas cuatro palabras de Cristo “No viene a juicio” le impartieron una buena esperanza. Su deseo ardiente era saber cómo podría ser el veredicto en el caso suyo.

A fin de explicar mejor el pasaje y contestar sus preguntas, escogí otra porción bíblica, la de Colosenses 2:14: “Anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria quitándola de en medio y clavándola en la cruz”.

“Señor Juez” dije yo, “usted bien entiende que en el caso donde la culpa es probada y las pruebas son irrefutables, la única salida que le queda el acusado es que alguien pague por su delito”.

“Como no. Eso entiendo perfectamente; pero ¿dónde voy a encontrar quien pague por mí?”

“Precisamente de esto trata la última porción que leí. Cristo en la cruz pagó por usted y porque era un Salvador suficiente, fue aceptado de parte de Dios. En el Calvario él llevó los pecados suyos, y tomó sobre sí el castigo que a usted le tocaba. Él murió en lugar de usted a fin de que usted fuese absuelto”.

El caballero ancianito estaba envuelto en estudio profundo. Me di cuenta de que él estaba muy conmovido por esta revelación nueva acerca de un substituto en el juicio. Sus ojos estaban cerrados y al poner mi mano sobre la suya, noté que su cuerpo entero temblaba. Luego me miró y me dijo: “¿Es cierto que él hizo eso por mí, Doctor?”

“Sí, mi estimado Juez”, le contesté con agrado. “Él vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. Lo declara Lucas 19:10. Usted es un hombre perdido. Es usted a quien él vino a salvar. ¿Confiará en él para que lo hiciese?”

Con voz temblorosa, llena de emoción, me contestó: “Sí, con gusto le confiaré. Jamás supe que Dios le envió para morir en el lugar mío, tomar mi castigo y padecer por mí. Creo en su palabra. Él lo dijo; por lo tanto es la verdad”.

Me arrodillé al lado de su silla, teniendo su mano en la mía, y con gratitud profunda alabé al Salvador por su amor maravilloso, y di gracias al Espíritu Santo por haberle revelado al anciano pecador el Salvador que le había buscado y le había hallado.

Usted, amado lector, no espere que tenga los ochenta años. Puede ser que nunca tenga la oportunidad que Dios dio al juez en su vejez. Este juez se encontró con el Juez Supremo y su cuenta se arregló antes del día del juicio final. ¡Qué usted arregle la suya también!